

EUSEBIO DE CESAREA

VIDA DE CONSTANTINO

## LIBRO I

1. Proemio sobre el final de Constantino.  
Sobre sus hijos reinantes.
2. Continúa el Proemio.
3. De Dios, que premia a los emperadores piadosos y desbarata a los tiranos.
4. Que Dios premió a Constantino.
5. Que reinó piadosamente más de treinta años como monarca único y vivió más de sesenta.
6. Que fue siervo de Dios, y vencedor de naciones.
7. Parangón con Ciro el rey de los persas y con Alejandro el Macedón.
8. Que dobló a casi todo el mundo habitado.
9. Que, hijo piadoso del emperador, legó también el poder a hijos ya emperadores.
10. De lo necesaria y provechosa para el alma que es esta historia.
11. Que ha relatado solamente los episodios gratos a Dios de Constantino.
12. Que Constantino se educó, como Moisés, en la morada de los tiranos.
13. De su padre Constancio, que rehusó perseguir a los cristianos como Diocleciano, Maximiano y Majencio.

14. Cómo su padre Constancio, recriminado por Diocleciano a causa de su pobreza, llenado que hubo las arcas, restituyó el dinero a los depositarios.
15. De la persecución, llevada a cabo por otros.
16. De qué manera su padre Constancio, fingiendo idolatría, expulsó a los que quisieron sacrificar, y retuvo en cambio en el palacio a los que prefirieron profesar su fe.
17. De su predilección por el amor a Cristo.
18. Que, tras la abdicación de Diocleciano y Maximiano, quedó Constancio como primer Augusto, ufano de su numerosa prole.
19. De su hijo Constantino, que, de joven, visitó Palestina al lado de Diocleciano.
20. El retorno de Constantino a su padre por las asechanzas de Diocleciano.
21. El fin de Constancio, dejando a su hijo Constantino como *emperador*.
22. En qué forma, tras el sepelio de Constancio, el ejército proclamó augusto a Constantino.
23. La ruina de los tiranos, en breve referencia.
24. Que Constantino consiguió el imperio por designio divino.
25. Victorias de Constantino contra los bárbaros y britanos.
26. En qué forma decidió libertar Roma de Majencio.
27. Que, al reflexionar sobre los ruinosos finales de los que cultivan la idolatría, prefirió el cristianismo.
28. De qué manera, mientras oraba, Dios le deparó la visión: una cruz de luz en el cielo, a mediodía, y una inscripción que lo exhortaba a vencer por su intermedio.
29. De qué manera Cristo, el hijo de Dios, se le apareció en sueños, y le ordenó servirse, contra los enemigos, del signo de la cruz.
30. Construcción del signo a manera de cruz.
31. Descripción del signo cruciforme, que ahora llaman lábaro los romanos.
32. De qué manera Constantino hecho catecúmeno leía las Sagradas Escrituras.

33. De los adulterios de Majencio en Roma.
34. De qué manera la mujer del prefecto, en aras de su pudor, se quitó la vida.
35. Matanza del pueblo romano por orden de Majencio.
36. Operaciones mágicas de Majencio y penuria alimenticia en Roma.
37. Derrota en Italia de los ejércitos de Majencio.
38. Muerte de Majencio bajo el puente del río Tíber.
39. Entrada en Roma de Constantino.
40. De su estatua sosteniendo la cruz, y la inscripción.
41. Algazara por las provincias y dádivas de Constantino.
42. Honores a los obispos y construcciones de iglesias.
43. De la beneficencia de Constantino hacia los pobres y menesterosos.
44. De qué manera participaba en los sínodos de los obispos.
45. De qué manera soportó a los africanos.
46. Victorias contra los bárbaros.
47. Muerte de Maximiano <sup>1</sup>, que quiso maquinarse intrigas, y de los otros que descubrió Constantino por una revelación.
48. Celebración de las decennalias de Constantino.
49. De qué manera Licinio atropellaba al Oriente.
50. De qué manera Licinio tramaba asechanzas contra Constantino.
51. Maquinaciones de Licinio contra los obispos y prohibición de sínodos.
52. Destierros y confiscaciones contra los cristianos.
53. Orden de no congregarse las mujeres en los templos y de orar las gentes a las puertas de la ciudad.
54. Orden de licenciar del ejército a los que no sacrificasen, y de no llevar alimentos a los encarcelados.
55. De los desafueros, avaricia y liviandades de Licinio.
56. Que, a la postre, se propuso iniciar la persecución.
57. Que Maximiano <sup>2</sup>, postrado víctima de verminosa fístula, legisló en favor de los cristianos.

58. Que Maximino tras perseguir a los cristianos, y fugitivo, se escondía como un esclavo.
59. Que Maximino, ciego por la enfermedad, legisló en favor de los cristianos.

## LIBRO I

No hace mucho tiempo que, en honor del Gran Empera- 1 1  
dor, el linaje humano por entero celebraba con festivos  
banquetes los aniversarios de cada Decennalia; no hace  
mucho, nosotros mismos también en persona, honrábamos  
con un encomio de Vicennalia al vencedor egregio, tras  
haberlo acogido en medio del sínodo de los ministros de  
Dios; pero es que hace bien poco, en el mismo palacio  
imperial, coronábamos la sacra cabeza, al haber trenzado en  
su loor Tricennales guirnaldas de palabras <sup>1</sup>. Ahora, empero, <sup>2</sup>  
se nos ha estancado la palabra vacilante, de un lado anhe-  
lando pronunciar algo a lo que estemos acostumbrados; del  
otro, no sabiendo por dónde tirar, embelesada como está  
por la maravilla única de ese inusitado espectáculo. Pues  
dondequiera fije la palabra su atenta mirada, ya sea al  
Levante o al Poniente, ya sobre la faz toda de la tierra, o

hacia el mismo firmamento, en todo lugar y por doquier, ve que ese bienaventurado sigue acompañando al mismo <imperio><sup>2</sup>. Ve que sus hijos, como nuevos faros, llenan de los rayos de aquél toda la tierra; que aquél pervive aún con fuerza, y que gobierna toda la vida mejor que antes, tras haberse multiplicado en la sucesión de sus hijos. Éstos ya participaban con anterioridad de la dignidad de césares, mas ahora, una vez que se han revestido de todo él, por la virtud de la religiosa piedad, se han visto proclamados autocrátore, augustos, *sebastoi*, emperadores, ataviándose con los ornamentos propios de su padre<sup>3</sup>.

2 1 Y quédase estupefacta la palabra al contemplar que el que poco antes era visto en cuerpo mortal y a nosotros mismos nos acompañaba, de un modo extraordinario y tras el término de la vida, cuando la naturaleza tacha de ajeno lo superfluo, ha reclamado como propio el mismo palacio, y las posesiones, y las dignidades y los himnos triunfales<sup>4</sup>. Ella

<sup>2</sup> *ὁ αὐτὸς ἄρτι ἑκείνου ἑταίρου ἡμετέρας ἐπιπέσει* (10, 10).

entonces, la palabra, dilatándose hasta las mismas bóvedas del cielo, es allí donde se imagina, en compañía del mismo Dios, al alma de aquél, tres veces bienaventurada, despojada de toda envoltura mortal y terrena, refulgiendo en un vestido esplendente de luz<sup>5</sup>. Si pasa después a considerar que esa 3 alma, tras largos períodos de tiempo, ya no está azacanada en afanes de mortales, sino que ha sido enaltecida con la diadema por siempre reverdecida de la vida sin fin y la inmortalidad de una existencia bienaventurada, la palabra, por mortal, se queda pasmada, sin proferir sonido alguno, consciente de su flaqueza, y decidiéndose por el silencio, cede el puesto a esa otra palabra, que es por completo mejor, para que logre la ajustada dignidad de unos himnos adecuados a las actuales circunstancias<sup>6</sup>. Sólo ella tiene a su alcance, en cuanto que es la palabra inmortal y de Dios, el hacer creíble con toda garantía sus propias afirmaciones. Al 1 3 haber vaticinado por medio de ellas que los que le rinden gloria y le honran son colmados de condignos favores, pero que los enemigos y los que se han colocado a sí mismos en hostilidad hacia Él, ellos mismos se procuran la ruina de sus almas, ya con ello ha hecho veraces las promesas de sus palabras, pues pone de manifiesto el final detestable de sus vidas que tienen los tiranos ateos y refractarios a Dios, a la par que propone, como remate a su vida, la envidiable muerte, llena de renombre, de su servidor, de modo que esa muerte se ha hecho digna de remembranza, y merecedora de

2 monumentos, no ya mortales, sino inmortales<sup>7</sup>. En efecto, la naturaleza de los mortales, a la búsqueda de algo que reconfortase ante el fin terrenal y perecedero, creyó venerar las memorias de los antepasados con ofrendas de imágenes que fueran como honores inmortales, y unos trabajaron el clarooscuro con los colores de la pintura encáustica<sup>8</sup>, otros la figuración humana con esculturas de inanimada materia, otros grabaron inscripciones profundas en tablas y lápidas funerarias, en la presunción de que entregaban a los perennes monumentos las virtudes de aquellos que honraban. Mas todo era mortal, consumido por la largura del tiempo, por cuanto reproducían figuras de cuerpos corruptibles, en modo alguno representaciones del alma inmortal. No obstante, eso parecía bastar a los que no admitían ninguna alternativa en la esperanza de otros bienes, tras el desenlace de la vida mortal. Pero Dios, sí, Dios, el común salvador de todos y cada uno, que ha atesorado junto a sí para los amantes de la piedad bienes por encima de cualquier cálculo humano, anticipa desde aquí, en prenda, las primicias de las recompensas, confirmando ante los mortales ojos, de alguna manera, las inmortales esperanzas. Esto es lo que auguran antiguos oráculos proféticos consignados por la Escritura; esto es lo que atestiguan vidas de hombres amigos de Dios que relucen desde antaño con todo género de virtudes, vidas recordadas por la posteridad; esto es también lo que nuestra época ha probado ser verdad, en la que Constantino, el único que llegó a ser bienamado de Dios, soberano del Universo, entre los que alguna vez gobernaron el Imperio

Romano, constituyó para todos los hombres un esplendoroso paradigma de pía vida religiosa.

Y eso es también lo que el mismo Dios, a quien Constantino veneraba, refrendó con brillantes sufragios, asistiéndole <propicio> al comienzo, medio y fin de su imperio, y proponiendo a este hombre ante el género humano como lección magistral de un modelo religioso<sup>9</sup>. Efectivamente, al habérselo propuesto a él solo de entre los autocrátores conocidos por la tradición desde el principio, cual astro máximo y estentóreo heraldo de la piedad inamovible, a él sólo le ha mostrado la ratificación de su piedad mediante los favores que de toda suerte le procuró: honrando la <duración> de su imperio con tres rondas completas de décadas, 1 5 y fijando al doble de éstas el transcurso de su vida entre los hombres. Con haberle dado la imagen de su propio poder monárquico, lo ha designado como vencedor de toda tiránica estirpe y destructor de sacrílegos gigantes, que en la loca temeridad de su espíritu levantaron las armas de su impiedad contra Él, el soberano de todo el Universo<sup>10</sup>. Pero éstos 2 nada más aparecer, por así decir, se esfumaron; Dios en cambio, que es uno y único, al atrincherar a su siervo, él solo frente a todos, con toda la armadura divina, y al purgar por su intermedio la vida humana de esa masa de ateos, hizo de

él, para todos los pueblos, un maestro de piedad hacia sí mismo, un maestro que a plena voz testifica a todos los oídos que él conoce al que es Dios, y que vuelve la espalda al desvarío de los que en modo alguno lo son <sup>11</sup>. Eso es lo que él ponía en práctica y proclamaba, como leal y buen servidor, declarándose sin paliativos esclavo, y reconociéndose siervo del soberano universal. Dios, por su parte, recompensándole al punto, lo hizo señor, amo victorioso y a él sólo, de entre los emperadores desde el pasado, insuperable e invencible, por siempre victorioso y permanentemente adornado con los trofeos logrados ante los enemigos, un emperador tal cual nadie recuerda que haya antes existido, por lo que haya oído de los antiguos, tan amado de Dios y triplemente bienaventurado, tan piadoso y tan del todo venturoso, que domeñó con toda facilidad más naciones que sus predecesores y condujo hasta el final un imperio indemne <sup>12</sup>.

7 1 Una vetusta historia asevera exultante que Ciro, rey de

los persas, se demostró el personaje más ilustre de cuantos han sido. Pero habría que observar el final de su larga vida, puesto que no fue así; cuéntase que sufrió a manos de mujer una muerte no precisamente dichosa, antes vergonzosa y asaz infame <sup>13</sup>. Los hijos de los griegos celebran entre cantos que Alejandro, rey de los macedonios, quebrantó miles de gentes de todas las razas, pero antes de llegar a la flor de la edad, presa de fugaz destino, murió «consumido por festines y borracheras» <sup>14</sup>. Éste colmó el total de su vida con treinta y dos años, de ellos el tiempo de su reinado constituyó un tercio. Aquel hombre avanzaba como un rayo, en medio de matanzas, esclavizando inmisericorde pueblos y ciudades enteras, sin reparo de personas. A poco de brotarle el albor de la vida y cuando lloraba a su favorito, el destino, en espeluznante acto de presencia, lo extirpó sin hijos, sin raíces, sin hogar, en tierra extraña y hostil, para que no infectara por más tiempo a la humanidad. El reino al punto saltó en pedazos, arrancando cada ministro una parte y apropiándose la como botín. Pese a ello, todavía se lo ensalza en coros por tamaña empresa <sup>15</sup>. En contraste, nuestro empe- 1 8

rador comenzó a reinar a partir del año en que el Macedón moría, duplicaba en tiempo la vida de aquél y triplicaba la duración de su imperio. No bien hubo artillado su ejército con los suaves y sabios preceptos de la religión<sup>16</sup>, atacó a los bretones y a los que habitan el océano por donde se hunde el sol<sup>17</sup>, venció sobre toda la Escitia, que bajo el septentrión mismo se divide en innumerables gentes bárbaras y distintas entre sí<sup>18</sup>; extendió su poder hasta el extremo meridional, hasta los blemios y etíopes, y no dejó para otros la adquisición de los que moran al Levante<sup>19</sup>. En los mismos linderos de todo el mundo habitado, hasta los indos lejanísimos y los que bordean en círculo todo el horizonte de la tierra, él, rutilante con los rayos de luz de la divina piedad, a todos tuvo como súbditos: toparcas, etnarcas, sátrapas, reyes de todo jaez de pueblos bárbaros, seres que voluntariamente y con alegría lo saludaban, enviaban embajadas con presentes de hospitalidad, y albergaban la más grande estima del conocimiento y amistad con él trabados<sup>20</sup>, de suerte que en sus propias residencias lo honraban con la dedicación de retratos y estatuas<sup>21</sup>, y Constantino era el único emperador a quien se le reconoció y aclamó en el seno de todas las naciones. Y él, con sus imperiales discursos, anunciaba tam-

bién a tan lejanos habitantes «a Dios con toda libertad»<sup>22</sup>.

Desde luego que él no lo ponía en práctica sólo de 1 9  
palabra, andando remiso en los hechos; por el contrario, se  
gloriaba de los variadísimos frutos que la piedad surtía a  
través de todos los planos de la virtud, subyugando a los  
amigos con magnánimas larguezas<sup>23</sup>, gobernando con leyes  
de filantropía<sup>24</sup>, ejerciendo un poder dócil a las riendas y  
ansiosamente recibido por los gobernados, hasta que al fin,  
tras largos períodos de años y extenuado por los combates  
de las divinales empresas, el dios al que veneraba, ciñéndolo  
con el galardón de la inmortalidad, lo condujo del reino  
terrenal a la vida infinita que junto a sí mantiene a buen  
recaudo para las almas santas<sup>25</sup>, mientras suscita una triple  
descendencia de hijos que lo suceda en el mando. Así le 2  
advino a él el imperial trono desde su padre; por ley natural  
iba a conservarlo para los hijos y descendientes y prolongaría  
su duración inveterable como una herencia paterna<sup>26</sup>. Por  
consiguiente, el mismo Dios que exaltó a aquel bienaventu-

rado cuando aún estaba con nosotros con honores propios de la divinidad, y que lo ornó al morir con los excepcionales privilegios de que dispone, ése podría ser su biógrafo, dejando impresos para largos siglos, sobre las laudas de las estelas celestiales, los premios a sus hazañas.

- 10 1 En cuanto a mí, aunque no me resulta fácil el expresar algo que esté a la altura de la bienaventuranza de aquel hombre, y sí, en cambio, seguro y sin peligro el callar, siento no obstante la necesidad de dedicar a la memoria de aquel ser querido de Dios un retrato elaborado con palabras, a imitación de la humana técnica pictográfica, con la que me hurtaré a la acusación de perezosa holganza. Me avergonzaría no ofrecer lo que está en mi mano, por pequeño y fútil que fuere, a aquel que nos ha dignificado a todos nosotros
- 2 mediante su inmenso temor de Dios. Por lo demás, creo que este escrito, que abarca las empresas de su magnanimidad imperial, gratas a Dios, soberano del Universo, me va a ser útil y necesario, pues ¿no sería un impudor, que mientras las memorias de Nerón y otros tiranos impíos y ateos, muchos peores que aquél, tuvieron la suerte de contar con celosos biógrafos<sup>27</sup>, que consignaron en historias de muchos libros el nefando argumento de sus acciones, hermoseándolo con elegantes interpretaciones, nosotros empero callásemos, precisamente nosotros, a quienes el mismo Dios nos ha hecho la merced de que topáramos con un monarca tal como nunca época alguna dio a conocer, y de que llegáramos a verlo, a conocerlo, a tratarlo? Ésta es la razón por la que, si a alguien, forzosamente a nosotros nos incumbiría anunciar lo que sabemos de sus ubérrimos bienes a todos aquellos en los que la representación mimética del bien despierta la

añoranza del amor hacia Dios. Hubo quien, efectivamente, 3  
o por lisonja o por odio, quizá también por ostentación de  
su propia cultura, tras colacionar las vidas y las obras de  
hombres no respetables, del todo inútiles para la mejora de  
las costumbres, aplicó los solemnes tonos de la tragedia, con  
elegante facundia verbal y sin necesidad, a relatos de hechos  
abyectos, proponiéndose como maestros de actuaciones, no  
virtuosas, sino dignas de ser silenciadas por el olvido y la  
obscuridad, ante los que tuvieron la fortuna, por designio de  
Dios, de no participar en el mal. Por el contrario, aunque mi 4  
estilo literario es débil frente a la grandeza de la materia que  
se muestra, podría ocurrir, no obstante, que cobrara brillo  
por la mera exposición de las virtuosas empresas; lo cierto es  
que el recordar acontecimientos gratos a Dios hará la  
lectura no carente de provechoso, sino muy útil para la vida,  
a cuantos tienen el espíritu bien dispuesto.

Considero oportuno dejar de lado la mayor parte de las 1 11  
gestas imperiales de este tres veces bienaventurado: las con-  
tiendas y los enfrentamientos armados, los actos de heroísmo,  
las victorias, los trofeos conquistados contra el enemigo, y  
cuantos triunfos celebró, así como las determinaciones to-  
madas por él en tiempos de paz en aras de la reforma del  
Estado y en interés de cada individuo, las medidas legislativas  
que adoptó a beneficio del ordenamiento jurídico de los  
súbditos y los numerosísimos empeños restantes en los que  
el emperador compitió, que están en el recuerdo de todos; el  
objetivo de la presente obra nuestra dicta escribir y hablar  
sólo de lo que atañe a la vida de religiosa piedad<sup>28</sup>. Pero al 2

ser esto inconmensurable, he seleccionado lo más apropiado de que tenemos noticia y que es digno que se recuerde tras nuestra existencia, haciendo el relato de ello del modo más sucinto posible. Por lo demás, el momento actual ordena exaltar al de verdad bienaventurado con toda gama de registros y sin cortapisa alguna, cosa que anteriormente no nos era lícito hacer, por habérsenos advertido que no felicitásemos a un hombre antes de su muerte<sup>29</sup>, dada la incertidumbre que reina en los avatares de la vida. Sea invocado el socorro de Dios, y que su celestial y cooperante verbo nos inspire.

Demos así comienzo al escrito, partiendo de la primera edad del personaje.

12 1 Un antiguo relato sostiene<sup>30</sup> que, en otro tiempo, aborrecibles dinastías tiránicas oprimían al pueblo hebreo, y que Dios, mostrándose benévolo con los oprimidos, hizo que el profeta Moisés, un niño a la sazón, fuese educado en el mismo núcleo, en el mismo seno del tiránico palacio, y que participase de la sabiduría que poseían<sup>31</sup>. Una vez que el decurso del tiempo lo llevó a la edad adulta, y la justicia, que es defensora de los que sufren inmerecidamente, tomó venganza de los inicuos, entonces el profeta de Dios salió de la mansión tiránica y se puso al servicio de la voluntad divina, haciéndose hostil de palabra y con los hechos a los tiranos que lo habían educado, y dando palmario reconocimiento a los que de verdad eran sus hermanos y parientes; después, al

elevanto Dios como guía de todo su pueblo, liberó a los hebreos de la servidumbre sufrida bajo el poder enemigo, y por su intermedio, azotó la estirpe de los tiranos con castigos enviados del cielo. Este antiguo relato, divulgado entre la 2 gente en forma de fábula, en el pasado llegó a oídos de todos; pero ahora el mismo Dios, y que como tal lo es para nosotros, nos ha regalado el don de contemplar con nuestros propios ojos milagros incontestables, superiores a los de las fábulas, y para los que los han visto últimamente, más verídicos que cualquier transmisión oral. Efectivamente, cuando los tiranos de nuestro tiempo <sup>32</sup> se lanzaron a combatir al Dios de todas las cosas, y abatían su Iglesia <sup>33</sup>, Constantino, que no mucho después sería el tiranicida, casi un tierno jovencito sazornado de incipiente barba <sup>34</sup>, vivía en medio de aquéllos en la mansión tiránica justamente como aquel servidor de Dios, mas en modo alguno tomaba parte, a pesar de lo joven que era, en las mismas actitudes que los ateos <sup>35</sup>.

3 Ya desde entonces su virtuosa naturaleza, a una con la inspiración divina, lo arrastraba a la vida piadosa y grata a Dios; sin embargo, el deseo de emular al padre acuciaba al niño a la imitación de las virtudes paternas. Y es que tenía por padre —y merece la pena en este momento revivir su recuerdo— a Constancio, el más afamado de los autocrátores de nuestro tiempo. A su respecto, procede examinar someramente lo que contribuyó a la conspicuidad de su hijo<sup>36</sup>.

13 1 De los cuatro partícipes del imperial poder de los romanos, sólo él acordaba una índole diversa de la de los demás,  
2 al granjearse la amistad de Dios,<sup>8</sup> soberano universal<sup>37</sup>. Es

decir, aquéllos destruyeron de alto en bajo las iglesias de Dios por el acoso y el pillaje, y borrarón hasta los cimientos los lugares de oración; viceversa, él, en nada pareciéndose a aquéllos, mantenía sus manos limpias de su sacrílega impiedad. Mientras aquéllos contaminaban las provincias sometidas a su mandato con la inmolación de piadosos hombres y mujeres de sus respectivas demarcaciones, él preservaba su alma impoluta de tal impureza. Si aquéllos, por la profusión 3 de desmanes de una idolatría desaforada, diéronse a las aberraciones de los espíritus malignos, primero a sí mismos, y después a todos sus súbditos, él, por el contrario, dando inicio a una profundísima paz para gozo de sus gobernados, decidió que lo que concernía al culto de Dios estuviera a salvo de toda perturbación. Además, cuando los otros colegas tenían a toda la población en vilo bajo la amenaza de gravísimas exacciones, y les dejaban en suspenso una vida indigna ya de vivir y más insoportable que la muerte, sólo Constantino, al ejercer el poder con serenidad y sin daño para sus súbditos, prestaba su socorro sin faltar por un momento su paterna solicitud. Dado que son innumerables 4 las demás virtudes de este hombre y que están en boca de todos, recordaré solamente un par de nobles gestos, utilizándolos como testimonio de los que callo, para a continuación

seguir con el objetivo que me he propuesto con este escrito.

14 1 Como quiera que la fama de este emperador adquiriese gran predicamento revelando lo dulce, lo bondadoso que era, el favor en demasía que obtenía de la divinidad, su exquisita medida para con los súbditos, y el hecho de que no acumulase dinero alguno en la caja del Estado, el Emperador que por entonces ocupaba el primer grado del poder<sup>38</sup>, a través de emisarios le recriminó el descuido con que trataba la administración pública, y le echó en cara la insolvencia de su situación, aduciendo como argumento que no hubiera  
2 depositado nada en el erario. Él, entonces, invitó a permanecer en el palacio a los que venían de parte del Emperador, y convocando a cuantos poseían las mayores riquezas entre los súbditos de todas las provincias bajo su autoridad, les dijo que necesitaba dinero, y que ésa era la ocasión en la que cada uno a su propio arbitrio demostrase su benevolencia  
3 para con el Emperador. Nada más oírlo, como quien desde hace mucho tiempo ha venido anhelando poder mostrar su generosa devoción, con prontitud y celo dícese que colmaron el erario de oro, plata y otros bienes pecuniarios, con la ambición de quien rivaliza por superar a los otros en donar más, y que hicieron eso con los semblantes bañados por la  
4 alegría y sonriendo. Hecho esto, Constancio dio orden de que los que habían venido de parte del emperador mayor vieran con sus propios ojos las arcas; después les ordenó deponer testimonio de cuanto hubiesen observado, a sus ojos vista, ante quien le había reconvenido su insolvencia, y que agregaran al informe que todo aquello había sido acopiado sin quejas ni empleo de prepotencia inicua, y que si ahora estaba todo reunido en su palacio, anteriormente había sido

mantenido a buen recaudo en las casas de los propietarios del dinero, en calidad de fieles custodios del depósito. Los 5 emisarios quedaron admirados del hecho, y se cuenta que el humanísimo Emperador, a la retirada de aquéllos, mandó llamar a los dueños del dinero, y elogiándoles su obediencia y bondadoso altruismo, dispuso que recogieran todo y regresaran a sus casas<sup>39</sup>.

Este solo episodio aporta una prueba de la filantropía 6 del personaje sujeto a examen. El otro podría ofrecer un patente testimonio de su respeto hacia la divinidad. Vayamos 15 al caso: las autoridades provinciales, por orden de los emperadores<sup>40</sup>, comenzaron a perseguir a los devotos de Dios en todos los lugares de la tierra. Y fue precisamente en los mismos palacios imperiales donde estos devotos surgieron como los primeros mártires, afrontando los embates en nombre de la fe<sup>41</sup>; soportaron con el máximo arrojo el fuego, el hierro, los abismos del mar y todo tipo de muerte, hasta tal extremo que en poco tiempo los palacios imperiales de todos los sitios quedaron privados de hombres religiosos; lo que inmediatamente produjo que los autores de la persecución quedaran huérfanos de la solícita atención de Dios, pues a medida que perseguían a los hombres de fe, iban expeliendo de sí los votos que por ellos se elevaban. Sólo a 1 16

Constancio se le ocurrió la rara sagacidad de un tan piadoso ardid, y urde una intriga de todo punto extraordinaria cuando se le presta oídos, y verdaderamente admirable si se la ve llevada a cabo. En efecto, propone un acuerdo a todo el personal imperial a sus órdenes, desde los mismos domésticos hasta los magistrados, y les da a elegir: o permanecer junto a él y seguir participando de los honores habituales si sacrifican a los dioses, o, si no lo hacen, verse excluidos del acceso a su persona, ser desplazados y privados de su amistad y familiaridad de trato. Una vez que se hubo discriminado en dos grupos, acogiendo unos a un bando, otros al otro, y se hubo explorado bien la clase de elección de cada cual, en ese momento aquel hombre admirable reveló lo que estaba oculto bajo la artimaña, y reprobó la cobardía y egoísmo de unos, en tanto que mostraba su beneplácito a los que tenían su conciencia ofrendada a Dios. Manifestó después que aquéllos, a fuer de traidores a Dios, tampoco podrían ser dignos del emperador, pues, ¿cómo podrían, llegada la ocasión, mantener firme su lealtad al emperador quienes habían sido sorprendidos en flagrante repudio del Señor? Estableció, por tanto, que estas gentes debían ser expulsadas lejos del palacio imperial, y aseverando que los que de verdad habían sido comprobados como dignos de Dios, de igual forma lo serían del emperador, los colocó como guardia personal y como protectores del mismo Imperio, y sostenía que era menester reputar a gente así entre los primeros y más cercanos amigos y deudos, y que los tenía en más aprecio que a inconmensurables masas de caudales<sup>42</sup>.

17 1 Acabamos de mostrar sumariamente de qué manera es memorable el padre de Constantino. Qué clase de muerte, empero, le siguió a ese hombre que exhibió semejante con-

ducta para con Dios, y qué gran contraste su venerado Dios indicó que mediaba entre él y los demás consortes del Imperio, lo podrá advertir cualquiera que preste su atención a la entraña misma de los hechos. Como hubiera dado, al cabo de largo tiempo, tangibles pruebas de virtud imperial, por haber reconocido como único Dios al Dios de todas las cosas, y por haber denostado el politeísmo característico de los ateos (y), por otro lado, como hubiera parapetado toda su casa tras las oraciones de hombres santos, llevó, por fin, a buen término (el) impertubable y, por demás, bien reglado curso de su vida, a tenor de lo que, dicen, es la felicidad: «ni tener problemas, ni causárselos a otro»<sup>43</sup>. Así gobernó todo el tiempo de su imperio con equilibrio bonancible, y consagró a Dios, el soberano universal, toda su casa, juntamente con su esposa, sus hijos y el servicio doméstico, de suerte que aquella multitud congregada en el interior del mismo palacio, en nada desdecía de una Iglesia de Dios, a la que por cierto, asistían ministros divinos que, sin interrupción, celebraban sus sacras funciones en favor del Emperador. Esto solamente acaecía en su propio ámbito, que en el de los demás ni siquiera estaba permitido hasta titularse con el sencillo apelativo de pueblo devoto de Dios.

No mucho después de estos hechos, le siguió el favor de recompensa divina, a tal punto que tomó parte en el primado del poder imperial. Efectivamente, los emperadores más propectos, no sé cómo, decidieron abdicar de su potestad, sucediendo esta repentina mudanza, de consuno, al primer año del acoso de las iglesias<sup>44</sup>. Pues bien, sólo Constancio

fue proclamado Augusto primero y *sebastós*<sup>45</sup>. Ya cuando en los comienzos brillaba con la diadema de los césares, aun entre éstos poseía la primacía, pero, tras la fama adquirida, no pudo por menos de ser adornado con la más alta dignidad entre los romanos, tomando el título y conduciéndose como primer *sebastós* de los cuatro que a continuación se designaron<sup>46</sup>. Por otro lado, fue el único que se distinguió por su prolífica fertilidad, fundando un grandísimo corro de chi-

quillos, varones y hembras<sup>47</sup>. Y cuando en su magnífica vejez iba ya a trocar <la vida>, liquidando el débito con la común naturaleza humana, una vez más Dios se le reveló como artífice de obras portentosas, pues arregló el curso de los acontecimientos para que el primero de sus hijos, Constantino, se hallase junto al moribundo, de modo que le sucediera en el gobierno del Estado.

Vivía, pues, éste con los príncipes corregentes, y como ya 1 19 se ha mencionado<sup>48</sup>, pasaba su tiempo en medio de ellos, justamente como aquel antiguo profeta de Dios<sup>49</sup>. Ya nada más pasar de la niñez a la juventud, gozaba entre aquéllos de la más alta consideración, como nosotros mismos pudimos constatar cuando atravesaba la provincia palestina con el más viejo de los emperadores: estaba a su derecha, y a cuantos deseaban verlo aparecía con la máxima prestancia, mostrando desde entonces los indicios de un temperamento regio<sup>50</sup>. Nadie podía compararse con él ni en la esplendidez 2 de su belleza, ni en la (estatura) de su cuerpo, y hasta tal extremo superaba a los de su edad en robustez física que hasta los intimidaba<sup>51</sup>; pero se preciaba más de sus virtudes

espirituales que de sus preeminencias corporales: la templanza era el principal ornato de su alma; después destacaba de manera singular por su formación retórica, su prudencia innata y la sabiduría que procede de Dios<sup>52</sup>.

<sup>52</sup> *De vita beata*, c. 12, p. 103. *De vita beata*, c. 12, p. 103.

Los emperadores de entonces contemplaban con apre- 1 20  
hensión y envidia a aquel joven ufano de sus cualidades,  
alto, robusto y henchido de prudencia, y pensaban que sus  
contactos con él no estaban carentes de riesgo. A escondidas  
iban tramando añagazas en su contra, guardándose mucho  
de asesinarlo a las claras por respeto a su padre<sup>53</sup>. El joven 2  
se apercibió de ello, pues un primer y un segundo intento de  
la conjura quedaron al descubierto por el auspicio de la  
inspiración divina; buscó entonces la salvación en la huida,  
que hasta en esto seguía el ejemplo del gran profeta Moisés<sup>54</sup>.  
En todo cooperó Dios con él bajo el designio de que estuviera  
presente en la sucesión del padre. Al caso: como llegara a 1 21  
toda prisa junto a su padre, substrayéndose a las insidias de  
los conspiradores, tras un largo espacio de tiempo, hizo acto  
de presencia en el preciso instante en que al padre se le  
apostaba el fin de su vida en el filo de la navaja. Tan pronto  
como Constancio vio a su hijo inesperadamente aparecido,  
se incorporó del lecho y lo abrazó, diciendo que había

echado de su alma lo único que a las puertas de la muerte lo afligía (es decir, la ausencia de su hijo), elevó a Dios la oración de acción de gracias, afirmando que ahora consideraba para sí la muerte mejor que la inmortalidad<sup>55</sup>; dictó las disposiciones que le concernían y despidiéndose de los hijos y las hijas que en su derredor estaban a modo de coro, en el mismo palacio y en su lecho imperial, cesó de vivir<sup>56</sup>, tras dejar, por ley natural, al hijo mayor la herencia del Imperio<sup>57</sup>.

22 1 En modo alguno quedó vacante el mando; Constantino investido con la misma púrpura del padre salió del solar palacio, en un ademán de mostrar a todos que su padre seguía reinando a través de él, como redivivo. Acto seguido, al frente de la comitiva fúnebre acompañó al padre, junto a los amigos paternos que lo rodeaban. Un inmenso gentío y unidades de guardia pretoriana abriendo la marcha o siguiendo detrás, escoltaban con toda pompa al que fuera amado por Dios; todos expresaban con elogios e himnos la

estima que profesaban hacia aquel tres veces bienaventurado, y con unánime consenso imaginaban el poder del hijo como una reviviscencia del difunto, y con gritos de asentimiento a una voz que primero los invitaba, proclamaron al joven, emperador, «autocrátor» y augusto «sebastós»<sup>58</sup>. Y los vítores <sup>2</sup> que lanzaban por su hijo resonaban como decoro del extinto, y simultáneamente expresaban su parabién al joven que habían <nombrado> sucesor de un padre semejante; por su parte, todas las provincias sometidas al Imperio se henchían de gozo y alegría inefables, al no haberse sentido, ni por un momento, faltas del influyente peso que el reglado régimen del Imperio tiene. En el emperador Constancio Dios mostró a los de nuestra época que ése es el final que corona una conducta para con Dios pía y amorosa<sup>59</sup>.

No juzgué oportuno, por el contrario, añadir al presente <sup>23</sup> relato la terminal catástrofe de los otros que con leyes belicosas persiguieron las iglesias de Dios, ni contagiar el recuerdo de los justos con la yuxtaposición del de los adversarios<sup>60</sup>. La experiencia de los hechos basta para la congrua

edificación de cuantos han recibido, de oídas o con los propios ojos, noticia sobre lo que a cada uno le cupo en suerte.

24 De este modo, Dios, que es el rector del universo entero, escogió directamente a Constantino, vástago de tal padre, como príncipe y conductor de todos, de suerte que, mientras los demás fueron investidos de la dignidad por criterio ajeno, ningún ser humano pudo jamás jactarse de haber promovido a éste.

25 1 En cuanto se hubo establecido sólidamente en el Imperio, comenzó a velar por el lote heredado del padre<sup>61</sup>, supervisando con mucha humanidad todas las provincias que antes se gobernaban bajo la jurisdicción territorial paterna, y doblgando a todas las gentes bárbaras que, habitantes de ambas márgenes del Rin y el océano occidental, habían osado rebelarse; de indómitas las hizo sumisas; a otras que consideraba irremediabilmente incapaces de un género de vida civilizado, las ahuyentó de su territorio, repeliéndolas  
2 como a las fieras salvajes<sup>62</sup>. Como estas operaciones le salieran según lo proyectado, puso ante sus ojos las restantes partes del orbe, y atravesó el mar para combatir a los bretones que moran en el mismo corazón del océano<sup>63</sup>; domeñados éstos,

miró a las otras jurisdicciones del Imperio, por si pudiese sanar lo que precisara de remedio<sup>64</sup>.

Dado que, además, concebía todo el globo terráqueo como un gran cuerpo, como viera que precisamente la cabeza de este gran todo, la ciudad reina del Imperio Romano<sup>65</sup>,

hallábase rendida a una tiránica servidumbre<sup>66</sup>, al principio dejó que la defendieran los que gobernaban las otras demarcaciones del Imperio, en tanto que más antiguos<sup>67</sup>, pero al no estar ninguno de ellos en situación de prestar socorro alguno, bien al contrario, los que quisieron hacer un amago, sólo obtuvieron un resultado ignominioso, afirmando que no habría podido vivir si hubiera hecho la vista gorda sobre la postrada ciudad imperial, comenzó a aprestar todo lo que conducía a la liquidación de la tiranía<sup>68</sup>.

- 27 1 No dejaba de percatarse de que, dados los maléficos encantamientos mágicos de que se valía el tirano, a él le era precisa una ayuda superior a la estrictamente militar, y buscaba un dios protector, considerando como secundarias la importancia de los ejércitos y la cantidad de soldados (pues, ausente el auxilio de Dios, creía que todo esto no tenía ningún vigor), a la par que confesaba la insuperabilidad  
2 e invencibilidad de la cooperación divina. Meditaba, por tanto, a qué clase de dios adherirse, y estando en estas indagaciones, una serie de reflexiones vino a su mente<sup>69</sup>: de

la numerosísima caterva que antes había llegado al poder, al cifrar sus esperanzas en pluralidad de dioses, y al rendirles culto con libaciones, sacrificios y oblaciones, los más encontraron un final no precisamente feliz, ellos que se dejaron engañar desde un principio con mánticos augurios hermo- seados a propósito y que les vaticinaban la fortuna, y ningún dios les asistió propicio para no sucumbir a los embates deparados por el cielo. Sólo su padre, emprendiendo una vía opuesta a la de aquéllos, había condenado su aberración, sólo él había hallado en el dios que está más allá de todas las cosas y a quien honró en el transcurso de toda una vida, al salvador, al guardián del imperio y al dispensador de todo bien. Estas cavilaciones tenía para sí, sopesando acertada- 3 mente el hecho de que los unos, confiados en la cantidad de dioses, habían caído igualmente en numerosas desventuras, hasta el extremo, no sólo de no tener ni familia, ni descendencia, ni raigambre, mas ni siquiera de dejar el nombre ni el recuerdo entre los hombres<sup>70</sup>; el dios paterno, en cambio, había dado a su padre ostensibles y múltiples pruebas de su poder. Observaba además que los que ya antes habían arremetido contra el tirano, por haberse puesto en orden de combate bajo los auspicios de muchos dioses, cargaron sobre sí con un descalabro ultrajante, pues uno se retiró oprobio- samente del campo, sin entrar en liza<sup>71</sup>, y el otro, degollado

en medio de sus huestes, fue fácil presa de la muerte<sup>72</sup>. Parando mientes, pues, sobre todo ello, juzgaba un acto de locura andar en necios tratos con dioses que en modo alguno existen, y descarriarse, después de tan contundentes pruebas. Por tanto admitió, que solamente había que honrar al dios de su padre<sup>73</sup>.

28 1 Entonces empezó a invocarlo en sus oraciones, suplicando e impetrando que se le manifestara quién era Él, y que le extendiera su diestra en las circunstancias presentes. Mientras esto imploraba e instaba perseverante en sus ruegos, se le aparece un signo divino del todo maravillosos, al que no sería fácil dar crédito, si fuera quizá otro el que lo contara, pero si es el emperador victorioso el que, mucho tiempo después, cuando fuimos honrados con su conocimiento y trato, nos lo comunica, ratificando mediante juramento la noticia, a

nosotros que estamos redactando este relato, quién podría dudar como para no fiarse de lo que referimos, en especial cuando los mismos hechos posteriores establecieron con su testimonio la verdad de lo narrado. En las horas meridianas <sup>2</sup> del sol, cuando ya el día comienza a declinar, dijo que vio con sus propios ojos, en pleno cielo, superpuesto al sol, un trofeo en forma de cruz, construido a base de luz y al que estaba unido una inscripción que rezaba: *con éste vence*. El pasmo por la visión lo sobrecogió a él y a todo el ejército, que lo acompañaba en el curso de una marcha y que fue espectador del portento. Y decía que para sus adentros se preguntaba desconcertado qué podría ser la aparición. En esas cavilaciones estaba, embargado por la reflexión, cuando le sorprende la llegada de la noche. En sueños vio a Cristo, hijo de Dios, con el signo que apareció en el cielo y le ordenó que, una vez se fabricara una imitación del signo observado en el cielo, se sirviera de él como de un bastión en las batallas contra los enemigos. Levantándose nada más despuntar el alba, comunica a sus amigos el arcano. A continuación, tras haber convocado a artesanos en el oro y las piedras preciosas, se sienta en medio de ellos y les hace comprender la figura del signo que ordena reproducir en oro y piedras preciosas. En cierta ocasión, el mismo emperador, y eso por especial favor de Dios, nos deparó el honor de que lo contempláramos con nuestros ojos <sup>74</sup>.

Se elaboró de la siguiente forma: Una larga asta revestida <sup>1</sup> 31 de oro disponía de un largo brazo transversal colocado a

modo de cruz; arriba, en la cima de todo, se apoyaba sólidamente entretrejida a base de preciosas gemas y oro una corona, sobre la cual dos letras indicando el nombre de Cristo connotaban el símbolo de la salvífica fórmula por medio de los dos primeros caracteres: la *rho* formando una *ji* hacia el medio. Más tarde tomó el emperador la costumbre de llevarlo en el yelmo<sup>75</sup>. Del brazo horizontal, que estaba atravesado al asta, colgaba suspendida una tela, un paño de categoría regia<sup>76</sup>, cubierto con una variada gama de piedras

<sup>75</sup> Véase el artículo de G. B. de Sotomayor, *Historia del Imperio de México*, t. 1, p. 107.

<sup>76</sup> Véase el artículo de G. B. de Sotomayor, *Historia del Imperio de México*, t. 1, p. 107.

preciosas cosidas que despedían haces de luz, todo recamado en oro, y que ofrecía a los que lo veían un espectáculo de indescriptible belleza. Este paño fijado al brazo horizontal tenía simétricas dimensiones a lo largo y a lo ancho. El asta perpendicular, que desde la base cobraba una gran largura hasta lo alto, debajo del trofeo de la cruz junto a los mismos bordes del <abigarrado> paño, llevaba elevada la áurea efigie hasta el pecho del emperador, y la de sus hijos. El 3 emperador se sirvió ininterrumpidamente de este salvífico signo como salvaguarda de cualquier potencia hostil que se le opusiera, y ordenó que objetos similares a ése fueran puestos al frente de sus ejércitos.

Mas fue esto un poco más tarde. En la circunstancia 1 32 antes descrita, estupefacto por la extraordinaria visión y reconociendo como bueno no reverenciar otro dios que el que había visto, convocó a los iniciados en sus doctrinas y les preguntaba quién era <ese> dios y cuál era el sentido del signo que se dejó ver en la visión. Le dijeron que se trataba 2 del Dios hijo unigénito del único y sólo Dios, y que la señal aparecida era símbolo de la inmortalidad y constituía un trofeo de la victoria sobre la muerte, una victoria que Él se ganó cuando otrora vino a la tierra, y le dieron a conocer los motivos de aquella venida, haciéndole una detallada exposición de la economía divina. Él, por su parte, se instruía con 3 aquellas exposiciones, haciendo presa de él el estupor por la teofanía que se le ofrecía ante sus ojos, y cuando comparaba la visión celeste con la interpretación que de la doctrina le explicaban, se reafirmaba en su propósito, convencido de que el conocimiento de aquellos asuntos había ocurrido mediante el directo magisterio de Dios. Y consideró peren-

torio aplicarse a la lectura de los libros sagrados. Asoció a su compañía a los sacerdotes de Dios como asesores, sosteniendo el parecer de que habíase de honrar al dios que contempló en la visión con todo tipo de culto<sup>77</sup>. A partir de ahí, armado con las buenas esperanzas que había puesto en Él, se lanzó a sofocar la amenaza de aquella conflagración tiránica.

- 33 1 En efecto, aquél<sup>78</sup>, que con la tiranía había usurpado la capital imperial, a tal punto perpetraba impiedades y acciones sacrílegas, que su descaro no se detenía ante ningún acto nefando e impuro. Por ejemplo, sustraía de sus maridos a las mujeres legítimamente casadas, remitiéndoselas después de haberlas ultrajado del modo más abyecto, y se comportaba así no precisamente con personas de segundo orden y sin relieve, sino que llegó a insultar hasta a los optimates del Senado romano<sup>79</sup>. Pese a haber ultrajado de manera infame a innumerables mujeres libres, no conseguía saciar la intemperancia de su alma licenciosa. Mas como también la emprendiera con cristianas, ya no le fue posible explotar la vía expeditiva <de los adulterios>, pues aquellas damas prefirieron ser condenadas a muerte a hacerle entrega del cuerpo
- 34 para la corrupción<sup>80</sup>. Al caso: una de ellas, mujer de un senador de aquel lugar que desempeñaba la prefectura, apenas advirtió que estaban en su casa [era cristiana] los que servían al tirano en tales menesteres, y como se diera cuenta de que el marido, por miedo, les estaba ordenando que se la llevaran consigo, solicitó un breve espacio de tiempo para acicalar su cuerpo de modo conveniente; entra en la cámara y, quedán-

dose sola, se clava una espada en el pecho; muerta al instante, deja a los comisionados el despojo de su cadáver<sup>81</sup>, pero demostró con hechos más clamorosos que cualquier voz a

todos los hombres contemporáneos, y a los que en el futuro existieren, que la famosa virtud de la castidad solamente se da entre los cristianos, como un bien inconquistable e indestructible. Y así fue como se contempló a aquella <tal> mujer.

35 1 Todos <sup>82</sup>, gobernantes y gobernados, renombrados o anónimos, aterrorizados ante aquel que se atrevía a hechos semejantes, vivían atribulados por la cruel tiranía y ni siquiera manteniéndose al margen y soportando en silencio la amarga esclavitud, atisbaban alguna vía de escape de la criminal crueldad tiránica. Efectivamente, por cualquier minucia ordenaba a su guardia pretoriana la matanza del pueblo, y masas enteras del pueblo romano fueron asesinadas en el mismo corazón de la ciudad, no a manos de escitas o bárbaros, sino por las picas y todo género de armamento de los  
2 propios compatriotas <sup>83</sup>. En concreto, es imposible calcular qué número de asesinatos se perpetraron entre los senadores con la deliberada mira de apropiarse la hacienda de cada uno, porque incontables fueron liquidados bajo los más caprichosos subterfugios <sup>84</sup>.

Finalmente, el remate que coronaba tanto mal fue que el 1 36  
tirano se volcara en la hechicería, unas veces rajando el  
vientre de las mujeres gestantes con intenciones mágicas,  
otras escudriñando las vísceras de criaturas recién nacidas, o  
degollando leones o ejecutando diferentes actos nefandos  
con el fin de evocar los demonios y desviar la guerra; \*\*\*  
2 pues con estas artes esperaba hacerse con la victoria <sup>85</sup>. 2  
Al ejercer, por consiguiente, una tiranía así sobre Roma,  
resulta imposible decir qué hizo para sujetar en servidumbre  
a los súbditos; baste pensar que se vieron abocados a una  
penuria y escasez extremas de los abastos imprescindibles,  
como no recuerdan que hayan sucedido en Roma, ni siquiera  
en otra ocasión, los de nuestra generación <sup>86</sup>.

Así pues, como sintiera Constantino una gran compasión 1 37

ante todos estos acontecimientos, empezó a armarse contra la tiranía con toda suerte de preparativos<sup>87</sup>. Propuso como su Dios al Salvador universal e invocó al Cristo como su Valedor, y colocando a la cabeza de los hoplitas y doríforos de su escolta personal<sup>88</sup> el signo salvífico como victorioso

trofeo de Aquél, se puso al frente de sus tropas con el fin de restituir a los romanos las libertades heredadas de sus mayores<sup>89</sup>. Aunque la fe de Majencio en los amaños de la hechicería<sup>2</sup> era superior a la confianza en la lealtad de sus súbditos y aunque, por no atreverse a alejarse ni siquiera un poco de las puertas de la ciudad, había reforzado con incalculable número de hoplitas y enorme cantidad de destacamentos castrenses todo villorrio, comarca o ciudad sometidos a su vasallaje, no obstante, el emperador, que se había adherido a la alianza divina, planteó batalla una primera, segunda y tercera vez<sup>90</sup> y, dominando por completo en todas desde el primer asalto, se adentra en profundidad en territorio de Italia.

38 1 Cerquísima estaba ya Roma<sup>91</sup>. Entonces, para no verse obligado a luchar contra los romanos por mor del tirano, Dios mismo, como con una cadena arrastra al tirano a gran distancia de las puertas de la ciudad, con lo que aquello que contra los impíos, de antiguo, para la mayor parte de la opinión no tenía crédito por estar envuelto en la fábula, pero que para los creyentes estaba lapidariamente escrito como creíble en los libros sagrados, lo ratificó, en una palabra, mediante su misma fuerza intrínseca ante los ojos, tanto crédulos como incrédulos, que contemplaban esos  
2 hechos portentosos. Como en los tiempos de Moisés y del piadoso pueblo de los hebreos «arrojó al mar los carros del

Faraón juntamente con su ejército y anegó en el mar Rojo a la flor y nata de su escolta de encopetados caballeros»<sup>92</sup>; no de otra manera Majencio y el cortejo de hoplitas y doríforos «se hundieron en el mar como si fuesen piedras»<sup>93</sup>, cuando, dando la espalda a la potencia divina que asistía a Constantino, atravesaba el río que está de cara a la dirección de la marcha. Él mismo había unido las riberas del río mediante barcas, y construyendo un puente a toda prueba, terminó por ensamblar un artilugio catastrófico para sí mismo, siendo así que confiaba atrapar con él al amigo de Dios. Pero el 3 Dios de éste le asistía propicio, en tanto que aquel infortunado, muñía contra sí mismo celadas intrigas. Con lo que podía decirse que «cavó un foso, y lo hizo bien profundo, y caerá en el hoyo que abrió. Las fatigas que se tomó se volverán sobre su cabeza, y su iniquidad se desplomará sobre su crisma»<sup>94</sup>. Fue así: <al desajustarse> con la anuencia 4 divina las maquinarias del puente y la trampa que en ellas se celaban en un momento inesperado, la pasarela<sup>95</sup> se desbarata, y las embarcaciones con todas sus tripulaciones en tropel se van a pique, siendo el primero aquel infortunado, y tras él, los portadores de escudos y los doríforos, en la forma en que las divinas palabras lo tienen profetizado: «se sumergieron como plomo en el agua procelosa»<sup>96</sup>. Tan cierto es esto, que 5 muy verosímilmente, si no de palabra, sí con los hechos, los que recibieron la victoria de Dios, a semejanza de los que rodeaban al gran siervo Moisés, habrían podido entonar y

decir los mismos himnos que elevaron contra el antiguo tirano impío, poco más o menos así: «Cantemos al Señor, pues de modo grandioso ha sido glorificado. A caballo y caballero arrojó al mar. Ha sido socorro y protección de mi salvación»<sup>97</sup>. Y «¿Quién entre los dioses es igual a Ti, Señor, quién igual a Ti? Glorificado en las cosas santas, formidable hacedor de portentos gloriosos»<sup>98</sup>.

- 39 1 En aquella ocasión, en parangón con aquel gran servidor<sup>99</sup>, Constantino, elevando mediante los mismos hechos himnos tales de alabanza, y cuantos les son afines, al soberano rector del universo y autor, en definitiva, de la victoria,
- 2 entró entre epinicios en la capital del imperio<sup>100</sup>. Todos en tropel, senadores y demás magnates y dignatarios de la ciudad, como liberados de la cárcel, con todo el pueblo romano, lo recibieron con ojos y espíritus radiantes, alzando gritos de aclamación en medio de una irrestañable algarabía; al mismo tiempo, hombres, mujeres y niños con inmenso número de domésticos lo proclamaban liberador, salvador y
- 3 benefactor entre irreprimibles gritos de júbilo<sup>101</sup>. Pero él,

que estaba en posesión de la piedad hacia Dios como algo innato, y que, por ende, ni se ufanaba del griterío ni se ensoberbecía por las lisonjeras aclamaciones, consciente de la ayuda que Dios le había prestado, inmediatamente rindió una plegaria de acción de gracias al artífice de la victoria <sup>102</sup>. 1 40

Además, dio a conocer a todos los hombres, con una gran inscripción y columnas votivas, el signo salvífico, mandando erigir en el mismo centro de la capital imperial ese mismo gran trofeo <de la cruz> contra los enemigos, e hizo que esculpieran en términos precisos con indelebles caracteres ese signo salvífico, como talismán del poder romano y universal imperio <sup>103</sup>. Al punto, pues, dio la orden de que colo- 2

caran en el lugar donde en Roma se hacen las declaraciones públicas <sup>104</sup> una larga asta en forma de cruz en la mano de una estatua que representaba su efigie, y que se grabara esa misma inscripción con las palabras en la lengua de los romanos: «Con este signo salvífico, verdadero argumento de fortaleza, liberé esta ciudad, puesta a salvo del yugo tiránico; más aún, al liberarlos también restituí al Senado y al pueblo romano la antigua fama y esplendor» <sup>105</sup>.

41 1 Ésta, pues, fue la manera con que el emperador, caro a  
Dios, iluminado por el reconocimiento de la cruz victoriosa,  
daba a conocer «con toda franqueza»<sup>106</sup> a los romanos al  
2 Hijo de Dios. Todos los habitantes de la capital, de manco-  
mún, tanto el Senado como las masas populares, como si  
recobraran el respiro tras una amarga y tiránica dinastía,  
parecían disfrutar de una luz de rayos más puros y tomar  
parte en el renacimiento<sup>107</sup> de una luz nueva y sin precedentes.  
Y todas las provincias abarcadas por el océano occidental,  
liberadas de los males que antes las afligían, vivían ahora  
dichosas exaltando sin interrupción entre brillantes festejos  
al benefactor común, vencedor pío y estupendo; y todos,  
con una sola voz y una sola boca, reconocían que Constantino  
resplandecía como un favor otorgado para común provecho  
3 de los hombres por la merced divina. Por todas partes se  
divulgó un escrito imperial que otorgaba a cuantos se les  
había arrebatado las haciendas el disfrute de sus propiedades,  
restituía en sus hogares a los que habían sufrido un injusto  
destierro y soltaba de los grilletes y de todo tipo de peligro  
y zozobra a los que bajo su férula habían sido aherrojados  
por la vesania tiránica<sup>108</sup>.

El mismo emperador, al convocar a los sacerdotes de Dios, les dispensaba un trato honorífico, y desplegaba para con ellos la más alta consideración, mostrando su estima hacia aquellos hombres de palabra y obra, en calidad de personas consagradas a Dios, por así decir. Lo acompañaban como comensales, hombres de aspecto vulgar por el atuendo que llevaban, pero a los que él no tomaba por tales, porque pensaba que no es al hombre exterior, que ve todo el mundo, al que hay que contemplar, sino al Dios al que en el interior de cada uno se rinde culto. Los llevaba consigo dondequiera fueran sus pasos, convencido de que, con ello, el Dios al que aquéllos veneraban le asistiría propicio. Es de subrayar, que proveía de profusas subvenciones, de su propio peculio, a las iglesias de Dios, ampliando y construyendo de nueva planta casas de oración, al tiempo que embellecía con nutridas dotaciones lo más digno de respeto que se destina para el culto de la iglesia <sup>109</sup>.

43 1 Efectuaba con largueza repartos de artículos de toda  
suerte a los menesterosos, mostrándose misericordioso y  
benéfico no sólo con aquéllos, sino con los ajenos a la iglesia  
que se le acercaban <sup>110</sup>, y a los desgraciados y desechados de  
la fortuna que mendigaban en la plaza pública no sólo  
proveía de bienes pecuniarios, o del necesario sustento, sino  
también del vestido digno que abrigara el cuerpo <sup>111</sup>, mientras  
que a los que en un principio vivieron desahogadamente y,  
por un cambio repentino de la vida, cayeron en el infortunio,  
les ofrecía subsidios más copiosos, proveyendo de munifi-  
centes larguezas con regia altura de miras a los que se  
hallaban en semejante situación, pues a unos les regalaba  
propiedades rústicas, a otros los honraba con cargos diver-  
2 sos <sup>112</sup>. Ocupando el terreno de un padre, se preocupaba de

los infelices que habían caído en la orfandad, y prestaba su personal solicitud aliviando la soledad de las viudas <sup>113</sup>; llegó al extremo de unir en matrimonio a jóvenes reducidas a la orfandad por la carencia de padres, con hombres ricos, o notables de su confianza. Es más, lo hacía dotando a las que se iban a casar, de todo cuanto necesitaban llevar a sus maridos como aportación matrimonial. Como el sol <sup>114</sup> que se alza sobre la tierra reparte ubérrimo a todos los rayos de su luz, así también Constantino, como levantándose en sincronía con la celeste luminaria, aparecía con el surgir del sol ante el palacio imperial e iluminaba a cuantos se presentaban ante su semblante con la relampagueante luz de su virtud. Por lo demás, nunca se dio el caso de hallarse alguien en su presencia y no percibir ningún favor, como tampoco se dio que los que confiaban obtener de él su patrocinio vieran su decoroso anhelo defraudado <sup>115</sup>.

Así, pues, se comportaba en general con todos. Pero era a la iglesia de Dios a la que dedicaba una preocupación especial, y cuando surgían diferencias entre unos y otros, según los distintos países, organizaba sínodos de ministros de Dios, como si por voluntad divina hubiese sido nombrado algo así como un común obispo <sup>116</sup>. Como no desdeñaba

presenciar y sentarse en medio de la sesión, participaba activamente en los temas sometidos a examen, impartiendo a todos con discernimiento aquello que se relacionaba con la paz de Dios; y se sentaba entre ellos, como uno de tantos, dejando a un lado los doríforos, los hoplitas y toda clase de escolta personal, sólo revestido del temor de Dios, y circundado por lo más devotos de entre los leales amigos. Aplaudía calurosamente a cuantos observaba inclinados a una resolución mejor y predispuestos a una actitud de conciliador equilibrio, mostrándose gozoso con la unanimidad general, mientras que rechazaba a los de un talante irreductible<sup>117</sup>.

Soportaba, resignado, a los que actuaban agriamente 1 45  
contra él, invitándoles con voz sosegada y suave a entrar en  
razón y no rebelarse. Entre ellos, algunos deponían su actitud  
plegándose con respeto a las exhortaciones que se les dirigía,  
pero a los que ya eran del todo irrecuperables para un  
prudente entendimiento, los dejaba encomendándoles a Dios,  
sin adoptar, en absoluto, medida alguna de reprensión sea  
quien fuere.

De ahí provino, con toda probabilidad, que los subleva- 2  
dos de la región de África <sup>118</sup> perdieron a tal punto los  
estribos, que pusieron mano en empeños de osada desfacha-  
tez, a causa, según parece, de un maligno espíritu, envidioso  
de la proficuidad de bienes que saltaban a la vista <sup>119</sup>, y que  
instigaba a los hombres a fechorías estúpidas, a ver si con-  
citaba sobre ellos la cólera del emperador. Pero marró la envidia <sup>120</sup>, 3

al tomar el emperador a risa lo sucedido, diciendo que reconocía en el maligno el origen de la agitación; pues lo que se habían atrevido a hacer no era propio de hombres en sus cabales, sino de totales perturbados, o de gente agujoneada por el espíritu maligno, que merecían más piedad que castigo. En cuanto a él, afirmaba, no se sentía, ni por asomo, afectado por la locura de aquellos dementes, salvo en el compadecerlos en un exceso de misericordia.

46        Ésta es la manera con que el emperador, que servía en toda su actividad a Dios, guardián de todas las cosas, mantenía una <incansable> vigilancia sobre sus iglesias. Dios, a cambio, puso a sus pies todas las naciones bárbaras<sup>121</sup>, de modo que por doquier se erigieron trofeos contra los enemigos, dio a conocerlo entre todos como vencedor, y lo hizo terrible para adversarios y enemigos, cuando en realidad, por naturaleza no era así, antes al contrario, el ser más manso, lene y humanitario de los que alguna vez hayan podido existir.

47 1        Mientras andaba Constantino en estas ocupaciones, el segundo de los augustos que habían abdicado sucumbe con muerte turpísima, al verse sorprendido cuando urdía una trama criminal<sup>122</sup>. Éste es el <primero> a quien le suprimie-

ron las inscripciones honoríficas en todos los lugares de la tierra, así como las estatuas y los restantes monumentos parejos que se había pensado dedicar a su honra, por sacrílego e impío <sup>123</sup>. Tras él, otros, más tarde, de su familia fueron sorprendidos urdiendo en secreto conjuras en su contra, pues de modo milagroso reveló Dios mediante prodigios los propósitos de éstos contra su servidor, el emperador <sup>124</sup>. Efectivamente, no pocas veces lo honraba con apariciones, y <sup>3</sup>

la divina visión le mostraba milagrosamente y le ofrecía toda suerte de presciencia de los acontecimientos que iban a tener lugar <sup>125</sup>. No cabe expresar con palabras los indescribibles prodigios que por la divina gracia el mismo Dios tuvo a bien ofrecer a su servidor; lo cierto es que, respaldado estrechamente por ellos, transcurrió el resto de su vida a toda caución, alborozado por la óptima disposición de los súbditos, alborozado porque veía que todos los que estaban a su cargo llevaban una existencia en sosiego, pero sobre todo, alborozado por el esplendor de las iglesias de Dios.

48 En esta situación se le cumplió el décimo aniversario del imperio <sup>126</sup>. Por tal motivo mandó celebrar festejos públicos,

y ofrendó a Dios, soberano universal, preces de acción de gracias a guisa de sacrificios sin empleo de fuego y humo <sup>127</sup>. Pero si se hallaba solazado con estos acontecimientos, en modo alguno perduró en su solaz, a raíz de las noticias que le informaban sobre los sufridos pueblos del Oriente.

Efectivamente, se le anunciaba que una bestia horrible <sup>1</sup> 49 también allí se había instalado acechante sobre la Iglesia de Dios y sobre los demás provinciales, como si el maligno demonio pugnara por llevar a cabo justamente lo contrario de lo que se hacía por parte de aquel hombre caro a Dios <sup>128</sup>, hasta tal punto que el Imperio Romano en su conjunto parecía dividido en dos secciones, semejándose la una al día, a la noche la otra: la oscuridad sobrenadaba a los que les cupo en suerte habitar el Oriente, inversamente, un día radiante refulgía sobre los del otro sector. Y como Dios <sup>2</sup> deparara a éstos innumerables bienes, tal espectáculo resultó insoportable a la envidia, que odia toda belleza, así como al tirano que oprimía la otra parte de la población. Éste, a pesar de que su gobierno se desarrollaba con éxito <sup>129</sup> y había

recibido el honor de emparentarse como cuñado con un emperador de tal estirpe como Constantino<sup>130</sup>, esquivaba imitar al religioso príncipe y envidiaba la substancial protervia de la opción que tomaron aquellos impíos, e intentaba seguir el criterio de aquellos, cuyo desastroso final no había escapado a sus ojos, antes que la sincera amistad del hombre superior<sup>131</sup>.

Elige, pues, contra su benefactor la vía de una guerra sin 1 50  
cuartel, sin pararse a considerar ni recordar los pactos de  
amistad, los juramentos, los vínculos de parentesco, los  
tratados <sup>132</sup>. Por más que aquel humanísimo ser, a la par que  
le ofrecía signos de auténtica benevolencia, se dignaba hacerle  
partícipe del parentesco ancestral y de la prístina sangre  
imperial vinculando a su hermana con él en matrimonio <sup>133</sup>,  
y le daba la posibilidad de disfrutar del poder sobre todos a  
los que les tocó en suerte habitar en el Oriente, éste, deci-  
diendo exactamente lo contrario, tramaba todo tipo de añaga-  
zas contra aquel ser superior, especulando variadas formas  
de complot según las circunstancias, con el fin de pagar el  
bien con el mal. Al principio, simulando amistad, todo lo 2  
maquinaba con dolo y engaño, en la esperanza de que no se  
le descubriera lo que tan descaradamente intrigaba, pero el  
Dios de Constantino hizole patente a la luz el complot que  
se urdía en la sombra. En ésas, aquél, como se le cogiera en  
la primera intentona, pasaba a una segunda, ya tendiendo la  
mano de la amistad, ya ratificando con juramento los trata-  
dos. Después, declarando inopinadamente írritos los pactos,  
para suplicarlos a renglón seguido con misiones diplomáticas,  
y otra vez adoptar una actitud del todo inadmisibile con  
mendaces propósitos <sup>134</sup>, a la postre declara sin ambages la

guerra <sup>135</sup>, y con una verdadera aberración de cálculo, se lanzó a plantear la batalla precisamente contra aquel mismo Dios de quien le constaba ser Constantino fiel devoto.

51 1 Procedió a injerirse, de momento sin estridencias, entre los ministros <de Dios> bajo su jurisdicción, que nunca habían cometido ningún crimen contra la autoridad, a la caza de artificiales pretextos contra ellos. Como no prosperara ningún motivo ni tuviera de qué reconvenir a aquellos varones, dicta una ley que ordena a los obispos no tener bajo ningún concepto contacto entre ellos; tampoco les estaba permitido visitar la comunidad vecina, y no podían celebrar sínodos, reuniones o debates sobre cuestiones de común  
2 utilidad <sup>136</sup>. Esto realmente constituía un subterfugio que redundaba en detrimento nuestro, pues, de transgredir la ley, había que someterse al castigo y, de obedecer la norma, se violaban los cánones de la Iglesia, toda vez que no cabía hallar la solución de los grandes problemas de otro modo que no fuese a través de sínodos, ni los divinos cánones habían previsto cautelarmente que las consagraciones de los obispos por la imposición de manos tuviera lugar de otra

forma que no fuera ésta. Tales medidas anunció, una vez que ese ser refractario a Dios hubiera decidido hacer lo contrario que practicaba aquel ser caro a Dios. Por tanto, el uno con pleno respeto de la <sagrada ley> llevaba la unanimidad a los sacerdotes de Dios, fomentando la paz y la concordia; el otro, al revés, maquinando arruinar las cosas buenas que existían, se empecinaba en desafinar aquella sinfónica armonía.

A más de esto, como quiera que el amado de Dios considerara un honor el recibir en el interior de la casa imperial a los servidores de Dios, aquel hombre hostil a Dios, opinando lo opuesto, expulsó de su palacio a toda la gente piadosa que estaba a sus órdenes, y envió al destierro singularmente a los hombres más leales y entregados de su entorno<sup>137</sup>. A aquellos que, en razón a sus meritorias gestas pasadas, habían obtenido de él honores y cargos<sup>138</sup>, les ordenó servir a otros, y que se aplicaran a domésticos menesteres; tras arrebatárles su patrimonio, como si se tratara de un hallazgo fortuito, amenazaba ya con la muerte a los que se atribuían el salvífico nombre. Como tenía un espíritu irrefrenado que le impulsaba a cometer adulterios sin cuento y abominables obscenidades, se tomaba a sí mismo como perversa demostración para descalificar la púdica continencia propia <de la> naturaleza humana.

Consiguientemente, publicó una segunda ley ordenando que los hombres no elevaran preces en compañía de las mujeres, que el sexo femenino no asistiese a las piadosas escuelas de virtud, y que los obispos no impartieran las

divinas enseñanzas a las mujeres, sino que fuesen mujeres las que se eligiesen para instruir a mujeres <sup>139</sup>. Como esto resultara objeto de burla general, caviló otra disposición para aniquilar a las iglesias y estableció la necesidad de que las habituales reuniones de las gentes se llevaran a cabo fuera de las puertas de la ciudad, en pleno campo; pues el aire que circulaba extramuros difería notablemente en limpidez del de los oratorios urbanos <sup>140</sup>.

54 1 Dado que ni en esto encontró quien lo escuchara, ya sin rodeos <sup>141</sup>, dispuso que la milicia funcionarial destacada por las ciudades fuese removida de los puestos jerárquicos si renunciaban a sacrificar a los dioses <sup>142</sup>. Así, por derivación,

quedaron despojados de hombres religiosos los organismos de la alta administración provincial; el mismo legislador se despojó de esas plegarias, al enajenarse de sí mismo los hombres imbuidos en santidad.

¿Qué necesidad hay de recordar las leyes externas a la 2 Iglesia <sup>143</sup>, a saber, el modo con que ordenó que nadie realizara actos humanitarios para con los que sufrían en las cárceles, mediante el suministro de alimentos, o que no se tuviera compasión por los encadenados que morían de hambre, o, simplemente, que nadie fuera bueno, ni que aquellos que por su natural idiosincrasia se sienten impulsados a la conmiseración del prójimo hicieran algo bueno? Y entre las leyes era la más frontalmente desvergonzada y desaforada, por cuanto sobrepasaba todo límite natural de la ferocidad, aquella en virtud de la cual se disponía para los que albergaban sentimientos de compasión la pena de sufrir lo mismo que los que la suscitaban: verse encerrados con grilletes y bajo custodia, es decir, soportando los que secundaban sus compasivos impulsos el mismo castigo que los oprimidos <sup>144</sup>.

De ese tenor eran las disposiciones de Licinio <sup>145</sup>. ¿Para 1 55 qué va a ser preciso enumerar sus innovaciones en materia matrimonial o las novedades concernientes a <los> moribundos, con las que se atrevió a cancelar las viejas leyes de

los romanos, sólida y sabiamente asentadas, substituyéndolas por otras bárbaras y despiadadas, alegando miles de pretextos contra los súbditos <sup>146</sup>? De ahí que en su sed insaciable de exacciones suculentas proyectara nuevas agrimensiones, de manera que (†) el campo más pequeño fuera calculado en su dimensión (†) como más grande. De ahí que siguiera registrando a hombres que ya no estaban en los campos por yacer desde hacía tiempo entre los muertos, procurándose con ello una ganancia infame <sup>147</sup>. Pues su mezquindad no tenía límite, ni hartazgo alguno terminaba con su insaciabilidad. Por ello, y a pesar de que tenía a rebosar las arcas, con oro, plata y dinero contante, en cuantía incalculable, todavía se lamentaba deplorando su pobreza, royendo su alma con el sufrimiento de Tántalo <sup>148</sup>. No hay necesidad de alargarse relatando qué exorbitantes castigos inventó contra personas absolutamente

inocentes, qué confiscaciones de bienes, qué encarcelamientos de hombres nobles y dignos de respeto, cuyas legítimas esposas entregaba a sórdidos servidores para que abusaran con actos infamantes, a cuántas mujeres casadas o doncellas él mismo tentó en persona, por más que su cuerpo estuviera ya ajado por la vejez; el exceso de sus postreros actos hizo chico lo anterior, que vino a ser una pura bagatela <sup>149</sup>.

Ahora bien, el colmo de su frenesí lo puso en guerra 1 56 contra las iglesias, y le hizo hostigar a los obispos <sup>150</sup>, a los que observaba como máximos adversarios y enemigos, mientras reparaba en que eran amigos del piadoso y gran emperador.

Éste fue el motivo por el que exacerbaba su animosidad 2 contra nosotros <sup>151</sup>, privado de un razonar prudente y, a todas luces, trastornado. Y no se le ocurrió traer a la memoria a los que, antes de él, persiguieron a los cristianos, ni a aquel de quien él mismo fue perdición y venganza por las impiedades que cometió <sup>152</sup>, ni aquello de lo que él fue testigo ocular, por más que viera con sus propios ojos caer fustigado por el látigo divino al que estuvo en la vanguardia de la maldad <sup>153</sup>, quien quiera que fuese aquél entonces.

57 1 El caso es que, no bien hubo dado <éste>, por primera vez, comienzo al acoso de las iglesias, y contaminada su alma con la sangre de los justos y piadosos, la represalia enviada por Dios lo alcanzó empezando por su propia carne  
2 y no se detuvo hasta llegar al alma<sup>154</sup>. Pues un repentino absceso le surge en medio de las partes innombrables de su cuerpo; después, una llaga fistulosa en la parte baja y una incurable corrosión de todo ello hasta las más íntimas entrañas, de donde dicese que bullía gran cantidad de gusanos y brotaba un hedor de muerte<sup>155</sup>, dado que toda la mole corpórea<sup>156</sup>, por la abundante ingestión de alimentos, se había transformado en una inmensa masa grasienta, que cuando comenzó a pudrirse, ofrecía un espectáculo insufrible  
3 y horripilante a los que se le acercaban<sup>157</sup>. Luchando contra tales calamidades, toma a última hora conciencia de todo a cuanto se había atrevido contra la Iglesia; reconociendo a la postre a Dios públicamente, pone fin a la persecución contra los cristianos: con leyes y edictos imperiales se apresura a

construir sus iglesias y les exhorta a que cumplan con sus anteriores hábitos, y eleven sus oraciones por él <sup>158</sup>.

Así fue el castigo que le fue infligido al primero que 1 58 empezó la persecución. Sin embargo, y pese a que el personaje descrito en el presente episodio <sup>159</sup> fue testigo ocular de estas cosas, de lo cual se hizo cargo con toda exactitud por la vivencia de los hechos, inesperadamente se olvidó de todo y no reflexionó ni en la pena del primero, ni en la justiciera vindicta <del> segundo <sup>160</sup>. Éste, que consideraba como un 2 honor superar al primero cual en un combate siniestro, se jactaba de encontrar nuevos castigos contra nosotros. Pues no le bastaban el fuego, el hierro y la crucifixión, ni las fieras

salvajes y los abismos del mar, sino que cuando encontró una nueva y bárbara mortificación que añadir a las otras, estableció por ley que había que dañar los órganos perceptores de la luz. Masas apiñadas no sólo de hombres, sino de niños y mujeres, a quienes se había inutilizado la visión del ojo derecho y las articulaciones de los pies por el hierro y el cauterio, eran entregadas a los padecimientos de las minas.

3 Por lo que, no mucho después, lo alcanzó el justo juicio de Dios, cuando se disponía para la batalla confiado en los demonios, que se le antojaban dioses, y esperanzado por caterva innúmera de soldados. Pues, desnudado entonces de la esperanza que procede de Dios, se desviste el manto imperial que ya no le era acorde, y entremezclándose con la multitud, femenil y cobardemente contaba con la fuga para salvarse; después creyó que pasaría inadvertido ocultándose por campos y aldeas bajo la indumentaria del esclavo <sup>161</sup>.

4 Pero no consiguió escapar al gran ojo de Dios, provisor de todo. Pues cuando esperaba estar ya seguro, cayó por tierra de bruces derribado por el dardo inflamado de Dios, el cuerpo del todo consumido por el fuego lanzado del cielo, hasta el extremo de que el aspecto de su anterior figura desapareció por completo, quedándole sólo como a un fan-

59 1 tasma, los resecos y descarnados huesos. Como se hiciera más implacable la vehemencia del golpe divino, los ojos se le desorbitan, y desposeídos de su natural destino, lo dejan ciego <sup>162</sup>, castigo que hubo de aceptar por justísimo veredicto

de Dios, al haber sido él el primero que lo inventó contra sus mártires. No obstante, envuelto en estos sufrimientos, en el último soplo de su vida, también él reconoció al Dios de los cristianos y denunció su personal hostilidad contra Dios; a semejanza del primero, igualmente se retractó, confesando con leyes y decretos su propio desvarío sobre los dioses en que creía, y testificando que acababa de conocer por la propia experiencia de los hechos al Dios de los cristianos como único <sup>163</sup>.

- 2 Como quiera que Licinio estuviera enterado de esto directamente, que no por información de terceros, seguía afe-  
rrándose, no obstante, a los mismos modos, como si su  
mente estuviera inmersa en profundas tinieblas.